

1/17291

EL

ABRAZO DE VERGARA.



Se vende en la librería de Sojo, calle de Carretas ; en la de Cuesta y en la de la viuda de Cruz, frente las Covachuelas, á 4 rs.

EL

LIBRANO DE VIEGARA.



se vende en la libreria de Sojo, calle de Carretas, en
la de Cuesta y en la de la vida de Cruz, frente las Co-
rrederas, á 4 rs.

PAP.

Repetido para el Sábado.

Leg. 56

1/17291

*1 LVI
C-139*

EL

ABRAZO DE VERGARA.

REFLEXIONES

SOBRE

LA PASADA REVOLUCION

Y

LA PAZ QUE SE NOS ACERCA.

POR

D. Francisco Vareja de Alarcón.



PUBLÍCALO A SUS ESPENSAS

EL DOCTOR D. JOAQUIN LUMBRERAS,

Catedrático en la universidad literaria de esta Corte.

Madrid.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. CALERO.

1839.

EL

ABRAZO DE VERGARA.

A. R. V.

REVISIONES

SON

LA PASADA REVOLUCION

LA PAZ QUE SE NOS ACERCA.

POR

D. Francisco Javier de Vergara.



PUBLICADO A SUS ESPENSAS

EL DOCTOR D. JOAQUIN LUMBRERAS,

Catedrático en la universidad literaria de esta Corte.

M. de B.

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. CALERO.

1833.

La experiencia y la filosofía demuestran que las naciones tienen un destino que llenar, una misión que cumplir, de la cual no pueden apartarse, porque así lo determinó en sus profundos juicios la santa é incomprendible sabiduría del Hacedor. Cuando recorremos la historia de aquellos imperios, que en sus períodos de esplendor ó de decadencia han absorbido la atención universal, pasa nuestro espíritu alternativamente del temor á la esperanza, de la alegría al pesar, del horror á la complacencia, y del entusiasmo al desaliento. Vemos como en un espejo purísimo (porque este es el májico poder de la historia) retratadas delante de nuestros ojos las escenas de los pasados siglos; y como los hombres que figuraron en ellos son nuestros hermanos, sus desgracias ó felicidades, á pesar de lo remoto de los tiempos, nos inspiran una vivísima é irresistible simpatía. ¿Quién no se aflige al ver al inculpable Sócrates condenado á muerte por la supersticiosa Athenas? ¿y quién no se llena de alegría al ver á Ciceron conseguir de Cesar el perdón de Ligario con su dulcísima persuasiva, ó salvar á Roma del furor del ambicioso Catilina con el poder de su arrebatadora elocuencia? ¿Quién no se entristece al ver ahogada la civilización antigua con la destrucción de Cartago? y ¿quién no se regocija al ver á Augusto protegiendo á los sabios de su tiempo, ó á Marco Aurelio haciendo con sus virtudes la felicidad del

imperio? Estas dulces simpatías manifiestan que el corazón humano es uno mismo en el fondo en todos los siglos, por mas que el tiempo y las distancias influyan en las inclinaciones y costumbres humanas para modificarlas y atemperarlas á las circunstancias y lugares. Hé aquí porque, cuando se trata de los adelantos sociales, el estudio de la historia ocupa siempre y de un modo preferente la meditacion de los hombres sabios.

Todos los ramos del saber humano se hallan comprendidos en el dilatado espacio de la historia. Si buscamos en ella filosofía, los hechos nos ofrecen principios, y las investigaciones de los sabios que nos han precedido nos sirven de guia en nuestras tareas. Si consideramos las ciencias naturales, en cuyos adelantos influyen mas el tiempo y la casualidad que la meditacion y el talento, hasta los errores de nuestros antepasados nos sirven de garantía para penetrar los secretos de la naturaleza y encontrar la verdad. Si buscamos glorias militares, encontraremos hombres que parece que nacieron para tener al mundo sujeto á su espada, y á la victoria obediente á su voz. Si prefiere nuestro corazón la dulzura de las virtudes al estrépito de las armas, hallaremos hombres que las enseñaron con su doctrina y ejemplo. Si entramos en el vasto terreno de la política, objeto que tiene en agitacion á todos los espíritus en este siglo, la historia nos enseñará que un pueblo donde se ejercitan las virtudes, donde se castiga el crimen y se premia el amor á la patria, será rico, floreciente y venturoso, cualquiera que sea la forma de gobierno que le rija. ¡Con cuánta razon dijo el filósofo orador romano, que la historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad y la memoria de la vida!

Si estas consideraciones son exactas, como todo raciocinio fundado en los hechos, y son al mismo tiempo aplica-

bles á todas las circunstancias, son mas dignas de consideracion todavia, si las aplicamos á la posicion moral en que en el dia se encuentra nuestra nacion. Hai circunstancias propias para la meditacion ; y por mas irreflexivos que sean los pueblos, sus mismas desgracias les obligan á pensar seriamente en los medios de afianzar su tranquilidad y ventura. Las comodidades de la abundancia solo se conocen en la pobreza ; así como las ventajas de la paz no se aprecian en su justo valor sin haber antes pasado por las sangrientas escenas de una guerra esterminadora. Un hábil piloto, despues de haber salido de una furiosa borrasca, recuerda los peligros en que se ha visto, y se propone evitar en adelante todos aquellos á que le espusieron su imprevision ó su impericia. ¡ Desgraciado de él sino adopta esta prudente conducta! Otra borrasca, tal vez menos peligrosa, le sepultará en el fondo de los mares. ¡ Ah! ¡ no olviden esta reflexion importante todos aquellos que tienen alguna influencia en la suerte de los estados! Las bendiciones de sus hermanos endulzarán los sinsabores que produce el espinoso cargo de gobernar los pueblos; y cuando bajen al sepulcro la memoria de sus virtudes formará el ornamento de su tumba.

La situacion en que al presente se encuentra mi patria, me lleva insensiblemente á estas reflexiones : yo me tendria por el mas feliz de los hombres si poseyera la magia encantadora de introducirme en el corazon de todos mis compatriotas, y me fuera dado gravar en él de un modo indeleble los sentimientos de que me encuentro poseido.

No alimento la vana presuncion de proponer ejemplos que imitar, cuando yo por mi juventud y falta de luces debo tomarlos de todos mis compatriotas ; pero creo que es un deber sagrado de todo buen español el levantar su voz cuando se lo exige su conciencia, y cuando su amor á la pa-

tria se lo prescribe. El hombre que no reconoce partidos, y cuya pluma vá guiada por el bien general y por los sentimientos de su corazon, podrá caer en errores; pero su misma sinceridad y buena fé le hacen acreedor á la indulgencia del público.

El aspecto moral y político que presenta en el dia la nacion española, es el objeto de la consideracion de todos los pueblos de Europa. Las naciones que marchan al frente de la civilizacion moderna, nos contemplan con sorpresa y admiracion; porque en el desenlace del drama sangriento que se representaba en España, ven una prueba convincente de la grandeza y dignidad que distinguen á este pueblo generoso entre todos los del mundo aun en las épocas de su mayor abatimiento. No quisiera que el espíritu de nacionalidad que me inflama sirviese de pretesto para debilitar mis reflexiones, si estas tienen algun valor por sí mismas; porque si un escritor tiene siempre interés en que no se le tache de parcialidad, mucho mayor debe tenerlo cuando escribe en una época como la presente, en que despues de haber corrido los españoles un naufragio político, han tenido la fortuna de arribar al puerto de salvacion á despecho de mil obstáculos y peligros. Yo creo que la situacion en que nos encontramos los españoles, es la mas á propósito para que recibamos la dulce influencia de la verdad; y para que amestrados con las lecciones de la esperiencia, calmado el furor de los partidos y el hervor de las pasiones, tracemos la marcha de nuestra conducta futura. El amor que profeso á mi patria y la rectitud de mis intenciones me dan atrevimiento para manifestar á mis conciudadanos el fruto de mis reflexiones sobre los últimos acontecimientos del Norte. Yo habré logrado el objeto de mis ardientes deseos, si mis palabras influyen aunque sea en una mínima parte, en hacer mas franca,

generosa y universal la reconciliación de todos los españoles.

Dice el profundo y filantrópico Droz, reflexionando sobre la revolución francesa, *que puede asegurarse que dentro de cierto número de años todos los pueblos del globo habrán conquistado su libertad política*; y aunque este autor siguiendo la opinión de los filósofos más ilustrados, considera la libertad, no como término de la felicidad de las naciones, sí como medio para conseguirla; lo cree tan importante y eficaz que casi lo reputa necesario. Droz al formar este raciocinio, no hizo otra cosa que establecer una lei de inducción, un principio político derivado de los acontecimientos que nos ofrece la historia moderna de dos siglos á esta parte.

En efecto ¿qué hombre que la medite, desconocerá que habiéndose mudado las costumbres por los progresos de la civilización y los adelantos del entendimiento humano, las leyes que hacían la felicidad de los pueblos antiguos no pueden hacer igualmente la de las naciones modernas? *Una voz, esclama Filangieri, se levanta desde el uno al otro extremo de Europa, que nos dice que las leyes del Lacio no sirven ya para nosotros.* Estas leyes, si bien llenas de principios de equidad y justicia en muchas de sus disposiciones, no carecían de defectos; y trasladadas literalmente á los códigos de los demás pueblos de Europa, diferentes de los romanos en inclinaciones y costumbres, no podían menos de necesitar algunas reformas y modificaciones. Afirmar que unas mismas leyes pueden hacer felices á diversas naciones en distintas épocas, es lo mismo que decir que la naturaleza tanto en lo físico como en lo moral no camina progresivamente hácia su mejoramiento y perfección.

Hombres ilustrados en distintos países conocieron y proclamaron esta verdad; pero los príncipes y magnates que

regian sus destinos, no hicieron mérito de sus escritos, y condenaron á sus autores al desprecio ó á la proscripción. La humanidad agradecerá siempre á estos talentos eminentes sus nobles esfuerzos para evitar la sangre y los horrores que llevan en pos de sí las revoluciones políticas; y los nombres de Burlamaqui, Montesquieu, Beccaria, Mably, Lardizabal y otros muchos serán siempre pronunciados con gratitud y ternura. Bien pronto los espantosos sacudimientos políticos ocurridos en diferentes países de Europa y América confirmaron, que no eran vanas declamaciones ni espíritu de novedad los discursos de aquellos hombres profundos: las revoluciones de Inglaterra, Holanda, América, Francia, Suiza y otros países vinieron á degradar la humanidad, sumergiéndola en sangre y en horrores, *para ennoblecerla despues*, elevándola á la cumbre de la perfeccion y de la grandeza. ¡Para ennoblecerla despues! frase sorprendente, pero verdad histórica; porque á la estupidez y ferocidad de las edades de yerro han sucedido la ilustracion y filantropía del siglo de la razon. ¡Marcha verdaderamente incomprendible y misteriosa que jamás podrá explicar la humana sabiduría! A primera vista parece un absurdo que de los horrores que producen las revoluciones haya de brotar la paz y la prosperidad de los pueblos; á la manera que en el principio del mundo hizo salir el Criador la luz de un caos tenebroso: pero así lo ha demostrado la esperiencia; y á vista de los hechos deben cesar las controversias de los sabios.

Nuestra España no tenia ningun privilegio para evadirse de este trance terrible y espantoso; y habiéndole llegado su *hora*, tuvo que pasar por las mismas escenas que turbaron las naciones de que hemos hablado. Ardua empresa fuera y agena de la índole de este escrito el referir minuciosamente las causas que prepararon la revolucion española. Los

hechos son bien conocidos de todos, y así no me detendré en enumerarlos. La España á principios del presente siglo se hallaba tranquila; pero no era feliz. Unos pocos intrigantes aduladores, especulando con la honrada sencillez y bondad de los españoles, se engrandecian con la decadencia general, teniendo á la nacion adormecida con las ilusiones de sus antiguas glorias. El príncipe que á la sazón empuñaba el cetro, si bien estaba animado de buenas intenciones, la debilidad de su carácter y la cortedad de sus talentos le hacian incapaz de llevar la España á su prosperidad y ventura. La caza y los juegos eran su pasión dominante, y las frivolidades ó agudezas de un bufon su libro de política. El favoritismo se apoderó del trono, la corte se convirtió en un conciliábulo de intrigantes y ambiciosos; y la masa general del pueblo, tomando el ejemplo de los magnates, se vió pronto sumergida en la ignorancia mas profunda: ignorancia que no pudieran disipar algunos talentos ilustrados de aquella época á pesar de sus nobles y generosos esfuerzos.

Pero un suceso grande y terrible, que será siempre un monumento glorioso en la historia de la civilización moderna, vino á despertar á la España de su profundo letargo. El gigante del siglo, el terrible Napoleon, quiso dominar á la España como lo hizo con otros pueblos; pero la España se acordó de que habia sido en otro tiempo la señora del mundo, y quiso demostrarlo así á la Europa entera que la miraba con lástima y espanto. Napoleon creyó que en el suelo español todo eran rosas; pero como dice oportunamente un inspirado poeta de nuestros dias, entre sus flores encontró hojas de espadas y puñales. España permitió que un ambicioso guerrero introdujese sus estandartes en su suelo; pero fué para tener la gloria de vencer á un *valiente*. La Europa

saludó á España como á su libertadora de un monstruo que en su desmedida é insaciable ambicion intentaba devorarla. Este movimiento nacional inspirado por un sentimiento de orgullo é independencia imprimió á los espíritus una actividad extraordinaria; el trastorno de las armas interrumpió la vigilancia inquisitorial y la esclavitud de la razon; y los hombres de talento, aunque rodeados de desastres y glorias militares, tuvieron ocasiones de leer y meditar sobre la ciencia de gobernar los pueblos. Las ideas que prepararon la revolucion de Francia se difundieron por España de resultas del trato y comunicacion de los españoles con algunos gefes ilustrados del ejército francés que aborrecian á su ambicioso caudillo, y compadecian nuestras calamidades. De suerte que cuando las tropas francesas se retiraron de España, dejaron *empapado su suelo*, como dice un escritor célebre, en los principios y doctrinas de su revolucion.

La agitacion en que se encontraban los ánimos preparó la Constitucion de Cádiz; y aquel Código célebre, si bien comprensivo de algunas buenas máximas de política, adolecia de varios defectos capitales, hijos mas bien que de la ignorancia de sus autores de la situacion en que se encontraba entonces la España. Aunque la historia no lo refiera, es seguro que la posteridad al leerlo dirá que fué formado entre el estrépito de las armas y el entusiasmo de la victoria. Sin embargo la formacion de aquel Código es siempre un monumento glorioso, y una prueba de que la España se habia penetrado de que su sangre y sus intereses tenian mui alto precio para confiarlos ciegamente á la discrecion de un príncipe, que aunque fuese justo y virtuoso no podia transmitir á su sucesor sus virtudes con la corona. En una palabra, la España conoció sus derechos y los de su príncipe, y trató de ponerlos en armonía, formando un Código que la

serviese de garantía para poder elevarse á la felicidad á que aspiraba.

No es de mi propósito hacer un análisis filosófico del Código de Cádiz: este juicio pertenece á la historia; pero yo creo que la posteridad imparcial hará justicia á la heroicidad de los españoles, y al noble sentimiento de independencia que los animaba al formarle. Tampoco es mi ánimo el referir las vicisitudes que sufrió hasta que fué anulado por el monarca en 1814, merced al apoyo que le prestaron los generales Elio y Winphen; la historia juzgará tambien si el príncipe Fernando al derribar este Código pagó con generosidad ó ingratitud la lealtad de los españoles.

El famoso manifiesto dado en Valencia por Fernando VII el año 14 echó cenizas sobre el fuego de libertad que ardia en los pechos españoles; pero no consiguió sofocarlo enteramente. Los movimientos ocurridos en los primeros meses del año 1820 en la isla de Leon, en la Coruña y en Madrid manifestaron bien claramente la inquietud de los ánimos, y la propension de los pueblos al restablecimiento de la constitucion de Cádiz; pues aunque imperfecto, era el único código político que conocian los españoles, y el primero que les dió á gustar el sabor dulce de la libertad. Con efecto, en el espacio de pocos meses se proclamó en todo el reino, y el príncipe la juró como la lei fundamental del Estado. Pero las intrigas palaciegas, y la adulacion de los favoritos que tanto daño han hecho siempre á los pueblos y á los reyes, la declararon la guerra desde el dia de su publicacion, y trabajaron sin descanso en combinacion con el monarca para derrivarla segunda vez. Mas en esta época ya no abrigaba la nacion tantos españoles ingratos y pérfidos, que bastasen por sí solos para consumir como en 1814 tan cobarde traicion, y fué necesario invocar las simpatías de un monarca extranje-

ro para que enviase á nuestro suelo 100,000 bayonetas que nos arrebatasen la libertad; en lo que manifestó este príncipe que era indigno de reinar en un pueblo libre, puesto que se complacia en esclavizar á los demas.

Como el espíritu de paz que me guía no me permite escitar las pasiones de mis compatriotas, no me detendré en hacer la pintura de las calamidades que siguieron á la funesta reaccion de 1823. Seamos generosos con los que nos ofendieron entonces, y condenemos al olvido los saqueos, las cárceles, los presidios y los cadalsos, con que se premi6 en aquel tiempo el amor á la patria, llegando el fanatismo político y relijioso á tal punto de estupidez y delirio, que hasta el pronunciar este dulce nombre era un crimen abominable. Pero la fuerza de las cosas es superior á los cálculos humanos, y el poder material que oprime á los hombres no puede esclavizar su espíritu; y así es que aun en la época de las persecuciones y de los patíbulos en que la simple opinion era un delito de Estado, la parte ilustrada del pueblo español amaba la libertad por la que ya habia combatido y triunfado dos veces, y solo esperaba una ocasion oportuna en que poder manifestar sus deseos.

El advenimiento al trono de una princesa ilustrada y magnánima reanimó la esperanza en los corazones casi moribunda ya por una opresion tan prolongada é inflexible; y el fallecimiento del último monarca abrió un nuevo horizonte á la nacion española. Hé aquí el principio de una época nueva para la España, época de su regeneracion política, época en que se han visto tantas virtudes y tantos crímenes, época en fin de su revolucion comprimida por tanto tiempo; pero que en el estado á que habian llegado los negocios públicos era casi necesaria. ¡Desdichado el pueblo que tiene que pasar por el duro trance de una revolucion para con-

quistar su libertad, y que se vé precisado á comprar la felicidad con su propia sangre! Las glorias que consiga en esta noble lucha no le recompensarán bastantemente de sus calamidades; y la generacion que la emprenda, aunque se corone con el triunfo, vivirá siempre desgraciada. Las revoluciones son siempre funestas; pero cuando los hombres son precipitados á ellas por la impericia de sus gobernantes y por los abusos del poder, los primeros momentos de libertad son siglos de espantosa anarquía. Los hombres que ejercieron el supremo gobierno desde el año 23 al 34, si hacemos alguna honrosa escepcion, desconocieron el espíritu del siglo en que mandaban, y pretendieron en su necio orgullo comprimir el vuelo de las ideas; pero cuán cara ha costado á la España su loca temeridad!

Por desgracia la ilustracion no estaba tan estendida en la nacion que las ideas liberales no encontrasen obstáculos, y que su triunfo no hiciese derramar sangre española. . . . El fanatismo y la supersticion ofuscaron á muchos espíritus, haciendo creer á la parte menos ilustrada que la libertad política era incompatible con el evangelio de Jesucristo; pero el pueblo bastante ignorante para no prestar docilidad á estas pérfidas sujestiones, no conoció que los mismos que le infundian estas ideas profanaban escandalosamente con su ejemplo la religion santa que afectaban defender. Si la religion cristiana no estuviera protegida por un brazo omnipotente y divino, tal vez el falso celo de estos apóstoles extraviados la hubiera destruido y aniquilado; pero por fortuna, la pureza del evangelio no depende de la conducta de sus ministros. El cristianismo no fué menos grande bajo el pontificado de un Sergio 3.º que bajo la direccion de un Gregorio Magno, á pesar de los vicios del primero y de las virtudes del segundo. A estas falsas ideas de religion tantos siglos há fecundas



en desgracias y calamidades, se añadieron las pretensiones de un príncipe de la sangre; y haciendo entre sí una estrecha alianza levantaron una bandera comun, y escribiendo en ella el lema seductor y ya conocido de *trono y altar*, declararon guerra de muerte y esterminio á la por tercera vez naciente libertad española. La rebelion queria con la una mano restablecer una afrentosa esclavitud, y con la otra arrojar del trono á una tierna Niña, cuyos títulos al encono de sus furiosos enemigos eran solo la legitimidad de sus derechos y la inocencia de su alma.

¿Quién podrá recorrer sin estremecerse de horror el espantoso cuadro que ha presentado la península en estos últimos tiempos? Una guerra civil en que se disputaban principios é interéses materiales, en que luchaba por una parte la ignorancia, por otra la civilizacion; por un lado el fanatismo religioso, por otro la razon ilustrada, no podia menos de conmover el edificio social desde sus mas hondos cimientos, y poner en terrible agonía al trono y á los pueblos. Esta situacion era terrible para dirigir las riendas del gobierno, y por desgracia hombres débiles y pusilánimes, si bien de sanas intenciones, las empuñaron en la época en que la nacion necesitaba talentos previsores y corazones esforzados, que se pusiesen al frente de la revolucion; porque una vez estallada esta, era temerario arrojarse el querer comprimirla; y la verdadera prudencia consistia en saber dirigirla con tino para evitar las desastrosas calamidades de una esplosion mas violenta.

¡Qué espectáculo tan espantoso y deplorable se presentaría á mi espíritu, si tratára de demostrar con hechos la exactitud de la reflexion precedente, y de llamar á juicio á ciertos hombres que dirigieron los destinos de la España en aquella época lamentable! Si la rectitud de las intenciones bas-

ta para salvar los errores de los hombres de estado, la posteridad les perdonará; pero si no basta, su responsabilidad será tan pesada como la sangre que se derramó en aquellos días. Su honradez y su ilustración son bien conocidas en Europa; pero la España jamás podrá olvidar su ineptitud y su mala estrella en la dirección de los negocios públicos. Este acontecimiento hizo subir la revolución á su apogeo: el encono de las pasiones estendió su imperio é influencia por todas partes; y desde el soberbio palacio del poderoso hasta la humilde morada del pobre, los hombres de uno y otro partido no respiraban mas que sangre y esterminio.

Mientras tanto un ministerio atolondrado y revoltoso sucedia á otro apático y cobarde, uno ignorante y sin prestigio era reemplazado por otro suspicaz y dilapidador; unas Córtes derriyaban un Gabinete, otras eran disueltas por la Corona con mas ó menos fundamento; y cada alteración de esta clase, trayendo en pos de sí funestas reacciones, era una nueva calamidad para el pueblo. Contribuciones, quintas, empréstitos, bloqueos, estados de sitio, deposiciones arbitrarias de los empleados públicos, prisiones injustas, acciones malogradas, ejércitos destruidos, sorpresas, represalias, confinamientos, fraudes escandalosos: hé aqui las ideas que han amargado la vida: hé aqui el tristísimo cuadro que ha tenido el pueblo á la vista de continuo, durante seis años.

El pueblo, el verdadero pueblo; no esa chusma desenfrenada que tala y asesina por las calles, padecia en silencio, buscaba la felicidad que pomposa y astutamente le ofrecian los que especulaban con su sencillez; pero como esta se fundaba en mentiras y ficciones, huia de sus manos como un fuego fátuo; y para mayor tormento la idea de su verdadera felicidad, la tenia siempre delante de sus ojos como una sombra de consuelo, pero sin poder alcanzarla. Esta

felicidad que deseaba el pueblo ; y que en medio de su corta ilustracion comprendia con sobrada exactitud, consistia en el término de la revolucion, *en la Paz*. Una cadena no interrumpida de calamidades hizo olvidar á la nacion los nombres y las banderas de los partidos, y mirar con horror á todo el que le proponia medios para el sostenimiento y prolongacion de una guerra que le arrebatava la sangre de sus venas y sus mas preciosos interéses. En vano los partidos le ofrecian reformas ; porque ella volvia los ojos á sus campos yermos, á sus pueblos saqueados, á sus hogares devorados por las llamas ó derrivados por el cañon. En vano la brindaban con la esperanza de un gabinete futuro, de unas nuevas Córtes, de una prócsima campaña ; porque ella recordaba sus amargos desengaños, y miraba como agentes de su perdicion á los que le hablaban este seductor y pomposo lenguaje. La paz era lo único que deseaba á toda costa ; y este nombre de consuelo era el solo que templaba en algun modo su amargura. ¡Cuántas veces la candorosa doncella elevó sus votos al cielo por la paz ! ¡Cuántas veces el sagrado ministro de la religion se postró al pie de los altares para desenrollar la Magestad Divina é implorar la paz ! ¡Cuántas veces el sacerdote santo puso por intercesora la sangre de Jesucristo para que el Eterno nos concediese la paz ! ¡Cuántas veces la Virgen inmaculada, lejos del ruido de las pasiones, en la soledad de su morada humilde derramó sus preciosas é inocentes lágrimas en la presencia del Señor, implorando la paz ! ¡Cuántas veces el niño tierno unió sus súplicas á las de su afligida madre para suplicar la Paz ! ¡Cuántas veces el jóven virtuoso, el anciano venerable, la casta esposa , se humillaron delante del Señor, pidiéndole con fervorosa constancia la Paz ! Tantas súplicas, tantos votos, tantos sacrificios, tanta constancia y sufrimiento conmovieron la piedad

del cielo. Seis años de guerra desoladora eran una lección bastante fuerte y terrible para enseñar á la España lo que son las revoluciones.

Este deseo vehemente de paz penetró tambien en los ejércitos de una y otra parte; y los guerreros que antes combatian y se devoraban como tigres encarnizados, llegaron á convencerse de que siendo todos hermanos, escandalizaban á la Europa, aniquilaban á la patria, é irritaban al cielo con destrozarse inhumanamente. Conocieron que eran hijos de un mismo pueblo, que tenian una misma patria y una misma religion. Recordaron sus antiguas glorias, y vieron que los españoles unidos humillaron á Roma; que unidos deshicieron el poder mahometano; que unidos sujetaron á la Alemania y á la Italia; que unidos hicieron temblar á la Francia en la época de su mayor grandeza; y que unidos descubrieron un nuevo mundo, siendo estrecho ámbito á su noble ambicion de gloria el hasta entonces conocido; y vieron tambien que ahora rotos los lazos de aquella union que los hizo fuertes é invencibles, eran objeto de burla y escarnio entre las naciones civilizadas, y que la España caminaba á pasos agigantados hácia su completa disolucion. Tanta sangre vertida inútilmente, tantas esperanzas desvanecidas, tantos desengaños sufridos le hicieron pedir á gritos la paz; y estos gritos fueron saludados con entusiasmo por la nacion entera que se veia ya desfallecida y moribunda.

El partido liberal ilustrado y generoso conoció « que este era el único medio de salvar la patria y la libertad; y dejando á un lado las funestas ilusiones de una victoria *sanguienta*, se persuadió que era mas útil, político y glorioso perdonar al enemigo arrepentido que destruirlo en la batalla. La libertad es grande y sublime como emanada del cielo, y sus sinceros adoradores no habian de dar al mundo el

escandaloso ejemplo de arrojar de sí al enemigo cuando les brindaba con la reconciliación y la paz. Unos y otros se acordaron de que eran españoles y hermanos: como españoles se unieron, y como hermanos se abrazaron derramando lágrimas de ternura y arrepentimiento. ¡Qué dulce esperanza reanima el corazón al recordar este hecho magnánimo y sublime! Dos enemigos que se abrazan ¡qué espectáculo más grandioso, cuán digno de la grandeza, del heroísmo y de la religiosidad de los españoles! ¿Quién no derramará lágrimas de regocijo al recordar este acontecimiento que ha dejado atónita la Europa? ¡Qué cuadro tan magnífico! Dos ejércitos tendidos en una dilatada llanura, puestas las armas en pabellones. . . . un general ilustre les arenga con su corazón y con sus lágrimas más bien que con sus palabras: una emoción dulcísima y vehemente no le deja concluir; abre los brazos al que fué su enemigo; este le recibe entre los suyos, se estrechan mutuamente. . . . y millares de soldados imitan tan prodigioso ejemplo con la celeridad de un relámpago que ilumina la esfera en un instante. Paz, conciliación, España, libertad, Isabel, unión, fraternidad. . . . hé aquí las ideas que ocupaban todos los corazones; hé aquí los acentos que poblaban los aires, cuando el llanto y los suspiros daban treguas á la voz: el hermano corría á abrazar al hermano, el hijo al padre, el amigo al amigo; y todos juntos ensalzaban á sus generales, y bendecían al cielo. Hábiles artistas españoles; pintores inspirados: ved aquí una ocasión de inmortalizar vuestros nombres ¿Qué objeto más sublime se puede ofrecer á vuestros talentos y patriotismo? Sé que vuestra noble ambición de gloria no necesita estímulos; pero permitidme que os convide, para que cuando después os admire y aplauda con el mundo entero, tenga una pequeña parte en vuestro trabajo.

Hai acontecimientos de una fuerza tan poderosa é irresistible, que reconcentran en el corazon todas las facultades morales, reduciéndolas á un sentimiento dulcísimo. El hombre en estos casos es todo sensibilidad; el entendimiento enmudece, cesa la reflexion, y la ternura y vehemencia de los afectos embargan el sentido. Una víctima inocente, ya sobre el patíbulo y en presencia del verdugo, helado su corazon con la idea terrible de la muerte que se le acerca paso á paso, si en este instante recibe el anuncio de su perdon, un afecto que despues no sabe definir le arrebatara con tal ímpetu que le haria perecer si fuese mui prolongado. Hé aquí la sensacion que produjo en el ánimo de los españoles la fausta noticia de los últimos sucesos de Vergara. Se acabó la guerra, gritaba el pueblo por las calles enagenado de una alegría que parecia delirio; viva la paz, viva la paz, era el acento universal. ¡Qué escenas tan tiernas y patéticas se han presenciado en Madrid en aquellos dias de purísimo gozo! El ilustre caudillo que nos proporcionó tanta ventura, el inmortal *Duque de la Victoria* tendrá eternamente erigido un altar en el corazon de todos los españoles. La posteridad le pintará sobre un monumento sublime y magestuoso, enjugando las lágrimas de un pueblo afligido y magnánimo, y en una orla brillante como el sol que servirá de corona á su frente augusta se leerán estas mágicas palabras: *abrazando al enemigo, porque era su hermano, dió la paz á su patria. . . .* ¡Qué triunfo tan completo! ¡qué gloria tan envidiable!

Mas ya pasaron, *españoles*, los primeros momentos de alegría y entusiasmo que nos enagenaban el entendimiento; ya ha recobrado nuestra razon la calma que necesita para discurrir; justo será pues que habiendo victoreado á la *paz*, nos detengamos algunos instantes á considerar el inmenso

valor de la *paz*, para que nuestras pasiones no malogren este precioso don con que nos regala la Providencia.

La paz está entre nosotros, sí; porque aun cuando todavía hai enemigos en Valencia, Aragon y Cataluña, desnudos de fuerza moral y física, aborrecidos del pais que ocupan por su conducta de devastacion y esterminio, y perseguidos por el invicto duque de la Victoria, mui en breve tendrán que pedir la paz, ó recibir la ley del vencedor. La paz, repito, está entre nosotros. Pero ¿será una impresion fugaz y pasagera la que nos ha causado este mágico nombre? ¿Tendremos la paz en los labios, y los resentimientos y la memoria de las pasadas injurias en los espíritus? No lo permita el cielo. La España siempre ha dado ejemplos de cordura y sensatez, y ahora mas que nunca sabrá mostrar al mundo entero su religiosidad y heroismo.

Cualquiera que examine las revoluciones ocurridas en otros paises y la nuestra, y que compare el desenlace de aquellas y el de esta, se convencerá prácticamente de que esa ferocidad y estupidez que nos atribuyen los estrangeros es una atroz calumnia inventada por la envidia. Nuestra revolucion aunque bajo cierto aspecto se asemejaba á las de otras naciones, tenia no obstante una fisonomía peculiar, hija de la índole, carácter y costumbres de los españoles. Es necesario convencerse de que los españoles no se lanzaron voluntariamente á la revolucion; los escandalosos abusos del poder y el espantoso desórden de la administracion pública les arrojaron á ella contra su genio suave y pacífico, contra su proverbial honradez y docilidad: así es que desde los primeros meses estaban casi arrepentidos de haber emprendido una marcha, que si bien iba á producir la prosperidad de la España, seria comprada con torrentes de sangre, y á costa de la felicidad de la generacion presen-

te. Pero una vez comenzada, ya no era político ni aun posible retroceder al antiguo régimen. Esto no obstante, el disgusto y el horror á las escenas sangrientas subsistia y aun se acrecentaba de dia en dia; y si han podido los españoles reprimirlo seis años, en Vergara dieron una muestra evidente de que aborrecian la revolucion. Hé aquí porque los hombres ilustrados que conocian la índole del pueblo español, no se han sorprendido con el desenlace de este drama. Al enunciar esta idea no puedo menos de llamar la atención de mis compatriotas hácia las doctrinas proclamadas tiempo hace por algunos escritores, que sostenian presumiendo infalibilidad, que solo la fuerza de las armas y una guerra de esterminio podian darnos la paz. Los sucesos han acreditado que estos presumidos políticos eran demasiado ignorantes ú hombres de mala fé.

Estas reflexiones manifiestan, que la paz que alumbra felizmente nuestro horizonte ha colmado los ardientes deseos del pueblo español; pero para que esta paz sea sólida y perdurable se necesitan aun sacrificios, generosidad y constancia. La cesacion de la guerra nos pone en posesion de la paz; pero no puede hacernos felices y prósperos en un instante: para lograr una completa ventura queda mucho que reparar, y mucho que construir. La patria tiene en su seno hondas heridas que es necesario cicatrizar: heridas en la administracion pública, heridas en el crédito, heridas en la enseñanza, heridas en casi todos los ramos que constituyen la ciencia del gobierno de los pueblos. Nuestro sistema gubernativo estaba lleno de vicios; y la guerra lejos de corregirlos los ha multiplicado y agravado. Aquí del ardiente celo de los padres de la patria, aquí de los esfuerzos y meditacion profunda de un gobierno ilustrado. Vuelva los ojos al ramo de las contribuciones, y las verá defectuosas por no

tener una *estadística* que sirva de base en los repartimientos, para que todas las clases de riqueza sean gravadas con una justa proporción. Considere nuestro sistema de aduanas y verá en los aranceles multitud de productos de diferentes clases : unos nacionales , otros extranjeros ; unos necesarios , otros de comodidad , otros de lujo ; unos de que escasea nuestro suelo , otros de que abunda ; y todos ellos gravados con unos mismos ó semejantes derechos de entrada y salida , siendo esta la causa principal de la decadencia de nuestro comercio y manufacturas (1). Examine ese pernicioso sistema de gremios , traba de nuestra industria fabril ; y ya que no lo destruya completamente , modifíquelo de suerte que no impida el desarrollo de los talentos , ni fomente el monopolio. Eche el gobierno una mirada solícita sobre el personal de la administración pública en todos sus ramos ; disminuya el número de los empleados , eliminando á los ineptos é inmorales , y suprimiendo plazas innecesarias ; deslinde las atribuciones de cada dependencia , sus deberes y facultades ; y simplifique , uniforme y centralice la cobranza y distribución de los fondos públicos. Ponga una mano vigorosa en el crédito ; y persuadido de que en él consiste la vida de las naciones , pague con religiosidad los intereses de la deuda pública , destinando un fondo anual con preferencia á cualquier otro objeto para la amortización de la misma , y estableciendo en los créditos una justa y prudente escala de preferencias. De este modo se reanimarán los acreedores con la esperanza de cobrar algún día , y nuevos prestamistas acudirán á ofrecer sus fortunas al erario para cualquier empresa. No olvide el gobierno el estado deplorable de nuestras comunicaciones : mejo-

(1) Véase sobre este punto importantísimo el *proyecto económico* de D. Bernardo Ward, cap. 17. sobre aduanas.

re los caminos, abra canales de navegacion, establezca carreteras de hierro, interesando en estos útiles trabajos al comercio, que es el inmediatamente favorecido. Dirija tambien una mirada benéfica sobre la instruccion pública, principal elemento de la felicidad de las naciones: persuádase que sin costumbres no hai leyes ni patria, y que sin educacion no hai costumbres; fomente con brazo protector la enseñanza primaria, generalizándola por todas las clases del Estado; y las leyes tendrán menos vicios que corregir y castigar, y el príncipe tendrá que recompensar mas virtudes. No olvide tampoco á los infelices que gimen en las cárceles y presidios, distinga á los criminales envejecidos en el delito, de aquellos hombres que se estraviaron por un momento de la senda de sus deberes. Establezca separaciones entre los detenidos, mejore su trato y condicion; y de este modo, y de este solo modo conseguirá que salgan de allí los hombres corregidos, no adiestrados en crímenes que acaso ignoraban cuando pusieron la planta en aquellos lugares. Ya que la corrupcion de los hombres ha hecho necesarios estos establecimientos, sean custodia de los delincuentes, no escuela de los vicios.

Vigile tambien el supremo gobierno con incansable celo sobre la recta administracion de justicia; porque sin esta virtud las naciones serian una caverna de monstruos abominables. Absténgase con cuidado de las deposiciones arbitrarias de los jueces; porque esta conducta vale tanto como declararlos miserables esclavos del poder ejecutivo, y esponerlos á que atropellen la justicia por complacerle. Tenga fin ya esa zozobra, esa inquietud en que viven los ministros de justicia: establézcase la absoluta independendencia de los tribunales por medio de una sabia lei de inamovilidad y responsabilidad judicial, de modo que estos funcionarios públi-

cos puedan fallar tranquilos con arreglo á las leyes, sin temor de que una sentencia justa, pero que desagrada á un ministro, les pueda arrebatarse el destino, y con él su fortuna: si ellos delinquen abusando de su ministerio, sean castigados rigurosa y ejemplarmente. Lo contrario es inmoral y pernicioso; es poner los intereses del juez en lucha terrible con su conciencia. Por último, dote las plazas de la magistratura con un sueldo decente, y páguelo con religiosidad, para evitar el que se venda la justicia. ¡Qué atención tan preferente en el presupuesto de los gastos públicos, el pago de los jueces y magistrados!... ¡Qué error tan lamentable y funesto, creer que los jueces se han de mantener siempre impasibles, aun en medio de la mas espantosa y horrible miseria, como si fueran de distinta naturaleza que los demas hombres!

No es de mi propósito el enumerar todos los males políticos que deben corregirse, y todos los bienes que han de proporcionarse á nuestra gastada patria; pero ya que me he detenido algun tanto en indicar algunos de los mas principales y urgentes objetos que deben llamar la digna atención de los cuerpos colegisladores y de nuestro benéfico gobierno; y pues que todos ellos se refieren á la política interior, séame permitido que en cuanto á la exterior recuerde la prudencia en conservar y aumentar las relaciones ventajosas con los pueblos y gobiernos que ya han reconocido el nuestro, y mayormente con los que mas ó menos han simpatizado y promovido la causa de nuestra libertad. Procúrese por cuantos medios no sean incompatibles con nuestra independencia y prosperidad nacional, traer á nuestra amistad y alianza á los que se hayan mostrado hasta aquí indiferentes ó acaso enemigos de nuestro triunfo. Afortunadamente el venturoso é inesperado desenlace de nuestra pasada lucha los

convertirá con mayor facilidad á nuestro buen sentido, de lo que tenemos ya indicantes tan probables como satisfactorios. Roma se nos presenta todavia poco favorable; pero con esta corte la constancia en resistir á sus inmoderadas é injustas pretensiones en lo eclesiástico y en lo político la obligará á ceder. Ejemplos podremos y aun deberemos imitar en esta parte de nuestros reyes y gobiernos, que no salieron mal en sus resistencias á tal corte; pero evítese siempre un rompimiento abierto, y sálvese siempre el respeto y obediencia al primado de la iglesia en lo espiritual; que en lo demas tendrá que conformarse con la opinion y conducta de las demas potencias.

Cultivemos y ensanchemos tambien nuestras relaciones en Ultramar, proporcionando á los pueblos que allí nos quedan las leyes especiales que mas convengan á sus intereses y los nuestros bien combinados: y por lo relativo á los emancipados, respetemos su independendencia ya reconocida; pero aprovechemos su comunicacion comercial y amistosa.

Ved aqui, ministros de la nacion española, á vosotros me dirijo porque rodeais el trono y habeis tenido la dicha de proporcionarnos dias mas venturosos; pero tambien hablo con vuestros sucesores, porque vosotros no sereis siempre consejeros de la Corona; y llegará un dia en que desde esas brillantes sillas que hoi ocupais, descendereis á la vida privada en el momento en que os desampare la opinion pública, pues en un sistema representativo no se puede gobernar sin ella; y entonces recibireis la recompensa ó la maldicion, segun haya sido vuestra actual conducta. Si amais la gloria, si apreciáis las bendiciones de vuestros compatriotas, si abrigais un ardiente celo por el bien público, si teneis talento para meditar y voluntad firme para ejecutar; un vasto campo se os presenta para que acrediteis que sois hom-

bres de estado ; pero si alimentáis alguna pasión menos noble , si careceis de un ánimo esforzado y de un genio emprendedor, si no teneis prevision ni conoceis las necesidades públicas,... dejad el puesto, retiraos con honradez, para no ser precipitados de él con ignominia. ¡ Qué complacencia tan dulce tendrá vuestro corazón si al retiraros un día á una vida mas pacífica y tranquila , vais acompañados de las aclamaciones de un pueblo libre y venturoso ; y podeis decirle al dejar el poder , como aquel célebre griego: *no hemos sido inútiles á nuestra patria !...* Yo faltaria á mi conciencia , y seria injusto, si os disputara la gloria que habeis adquirido en Vergara; pero aunque por un sentimiento de gratitud me interesan vuestros triunfos y buen nombre, aun me interesa mas la felicidad de la nacion ; y al echar una rápida ojeada sobre los importantes objetos que os están encomendados y de que sereis responsables, no he tratado de hacer una vana y pomposa declamacion ; he querido únicamente daros un consejo fraternal.

Los abusos de que he hablado tienen remedio. En las bibliotecas públicas y privadas, en los archivos de vuestras respectivas dependencias hallareis memorias y proyectos sapientísimos de economistas hábiles, de consumados rentistas, y de ilustrados jurisconsultos que os darán trillado el camino. Poned en práctica estos prudentes sistemas que fueron despreciados por la ignorancia ó la mala fé de los siglos en que vieron la luz, haciendo en ellos las modificaciones que las circunstancias exijan : dad este premio glorioso á los talentos de aquellos ilustres españoles, y haced este nuevo servicio á vuestra patria. Moncada, Navarrete, Leruela, Osorio, Zabala, Ward, Ulloa, Ustariz, Jovellanos, Campomanes, Cabarrús, Garay, Luna. . . . Ved aquí la respectable galería de sabios escritores españoles que debeis tener

siempre á la vista en vuestros gabinetes y salones. Si los consultais de buena fé, honrareis su memoria, y acreditareis vuestro celo por la prosperidad pública de que ellos dieron tan noble y sublime ejemplo. Otros muchos viven aun entre nosotros, que no citaré por no ofender su modestia; pero que con sus profundos conocimientos podrian daros luz en tan importantes tareas. Sus nombres son bien conocidos en la cátedra, en la tribuna, y en la prensa.

Hé aquí la marcha que debe emprender el gobierno, para que esa paz que nos sonríe se realice sólidamente, y de ella se derive la felicidad pública que es el fin de todas las sociedades: porque de lo contrario habrá cesado la guerra *material*, ya no se oirá el estrépito de las armas; pero otra guerra lenta y sorda, *el desórden de la administracion pública* irá devorando poco á poco los intereses de la nacion, irá debilitando de dia en dia sus fuerzas hasta sumergirla en un estado de postracion que acelere su completa ruina.

Mas esto no nos basta aun, amados compatriotas, para que gocemos de los frutos dulcísimos de la paz, de esta paz que nos brinda con la felicidad y la abundancia; porque si tenemos derechos que exigir, tambien tenemos que cumplir sagradas obligaciones; y de la reciprocidad de estas dos cosas nace la armonía social, y de ella la felicidad pública.

El hombre es un ser libre, porque la libertad es un requisito esencial de su naturaleza; pero esta palabra *libertad*, aplicada al hombre ciudadano, quiere decir tanto como *esclavo de las leyes*; porque de otro modo aquella noble facultad, gérmen de las virtudes sociales, seria una desenfrenada licencia, manantial fecundo de vicios y crímenes abominables. No se me diga que hai leyes tiránicas; porque la lei ha de ser justa para que pueda llamarse tal, y la tiranía no puede hallarse donde está la justicia: este seria un

abuso escandaloso de las voces mas santas que hai sobre la tierra. Los hombres que forman las leyes tienen pasiones en el corazon, es cierto; pero tambien lo es que hai seres virtuosos, que olvidándose de sí mismos no tienen mas ídolo que el bien público. Estos son, amados compatricios, los que debeis escoger para vuestros representantes, siempre que seais llamados á ejercer el acto mas augusto que tiene el gobierno constitucional, la eleccion de diputados á Cortes. Pesad con detenimiento las cualidades de los candidatos, porque una vez elegidos os atais las manos hasta otra legislatura; y si el que creíais hombre honrado sale perverso y agitador de pasiones, los derechos de peticion y libertad de imprenta que se os conceden, no son bastante fuertes para ponerlos á cubierto de sus errores y extravíos. Temblad, pues, al darles el voto; porque vinculais vuestra felicidad á su conducta futura. Anteponed siempre la modestia á la presuncion; y nunca deis vuestros sufragios á los que os solicitan con pomposos y estudiados discursos, que las mas veces son un velo hipócrita con que os ocultan su ambicion de mando, su deseo de honores ó su sed de venganza. Elejid para diputados á ciudadanos como Pedatéceto, que reunan á la vez el amor á la patria, y el olvido y desconfianza de sí mismos (1). A hombres de esta clase podeis encomendar sin recelo la custodia de vuestra sangre é intereses; ellos serán sin duda los verdaderos padres de la patria,

(1) Refiere Plutarco de este virtuoso Espartano, que habiéndose presentado para ser admitido al *consejo de los 300*, fué desechado por los votos del pueblo; y lejos de darse por sentido, exclamó lleno de alegría al retirarse. *Gracias os doi ¡oh Dioses inmortales! porque se han encontrado en Esparta trescientos hombres que me aventajan en virtudes y me recimiento.* Hé aqui, dice un filósofo moderno, un verdadero ciudadano.

y se podrá decir del Congreso como decía Tulio del Senado romano, que es el consejo eterno de la república (1).

Pero si por el contrario, en las elecciones no preside la templanza, y el espíritu de bandería ocupa el lugar del patriotismo, no dudeis que el Congreso será una facción intolerante y tumultuosa; y que el santuario de las leyes se convertirá en un campo de batalla, donde siempre se verá postergada la virtud por la ambición y la intriga.

En toda ocasión, pero principalmente en épocas como la actual, en que todavía están agitados los ánimos, y recuerda la memoria las escenas lúgubres de la guerra civil, usad con el mayor tino y circunspección de la libertad de imprenta. Este poder de las sociedades es el llamado especialmente á regenerarlas, difundiendo por todas las clases del Estado los conocimientos útiles, la civilización y la cultura. ¡Qué excelente invención, si se la dirige siempre hácia tan nobles objetos! Un profundo filósofo español de nuestros días (2) dice de la imprenta estas sublimes palabras que nunca debieran olvidar los escritores públicos. «¡Oh imprenta! ¡cuánto bien y cuánto mal has hecho en el mundo! tu tienes como el sol el privilegio de alumbrar á la tierra, y como el rayo el de desolarla.» Este rasgo elocuente no necesita comentarios; él manifiesta claramente de lo que es capaz la imprenta, según el uso que de ella se haga. Lejos de vosotros el error pernicioso bastante propagado por desgracia bajo una frase elegante y erudita, de que la imprenta es como la lanza de Aquiles que cura las heridas que hace. Esto sería exacto si nuestro entendimiento fuese siempre recto apreciador de las cosas; si no tuviésemos una parte de naturaleza miserable y débil, que nos inclina al error,

(1) *Consilium reipublicæ sempiternum.* Ciceron pro Sexto.

(2) Fernandez de Córdoba en sus *Recreaciones cristianas* prol.

haciendo que acojamos con gusto una calumnia contra un ciudadano virtuoso, si va revestida con los atavíos de la sátira; y que desdeñemos una lección severa de moral en que se nos reprende un vicio ó se nos enseña una virtud. Hai mas todavía: el que lee una doctrina perjudicial no siempre lee su refutación, ni tiene talento para combatirla por sí solo; y el resultado es, que por lo regular se queda con el error que le infundió aquella.

Así, pues, usad de la imprenta para decir la verdad, pero con oportunidad y cordura; porque si la decís con arrogancia y dureza, la hareis aborrecible á aquel á quien va dirigida. Si una espresion proferida en el acaloramiento de las pasiones es á veces tan funesta, ¿cuánto mas lo será una doctrina, que gravada en el papel subsiste al través de los siglos y circula por todo el mundo? (1) ¿Qué de calamidades no han acarreado á la Europa los errores de algunos filósofos del siglo pasado? y la Francia misma, ¿cuántos males no ha tenido que llorar por la aplicacion de las falsas doctrinas de la escuela Enciclopédica?

Cuando hagais oposicion al poder, hacedlo por convenimiento y conciencia, no por sistema ni por espíritu de partido; ni seais tampoco de aquellos escritores que especulan con la credulidad del pueblo. Llevad siempre por divisa en vuestros escritos la tolerancia, y jamás juzgueis de la probidad de los hombres por sus opiniones políticas. Pensad con detenimiento, y discutid con mesura y parsimonia, pasando dos veces las espresiones por la lima antes de estamparlas una en el papel. Inmarcesible será vuestra gloria, si propagais la moral; pero si predicais perjudiciales doctrinas, Dios y los hombres os exigirán una responsabilidad terrible.

(1) Nescit vox missa reverti.

Et semel emissum, volat irrevocabile verbum, Horac. Lib. 1, Epis. 18.

Por último, queridos compatriotas, si deseamos la paz en el estado, apartemos la guerra de nuestro corazón olvidando las pasadas injurias. Si amamos á la patria, si deseamos su prosperidad, trabajemos sin cesar por conseguir la union de todos los buenos españoles, no distinguiendo mas que dos partidos, los hombres honrados y los perversos. Este es el heróico y generoso sacrificio que exige la España de todos sus hijos. Una amarga esperiencia nos ha hecho conocer en seis años de sangrienta guerra civil los funestos efectos de la discordia, no queramos prolongarlos por mas tiempo; tengamos presente lo que dice la verdad eterna, que *todo reino dividido entre sí será destruido*, y que por el contrario la union y la concordia forman el poder de los imperios. Si para conseguir la union, si para consolidar la paz son necesarios algunos sacrificios, el pueblo los acepta gustoso; y el congreso nacional, intérprete de sus deseos, mostrará sin duda su generosidad y patriotismo en la grave cuestion que le ocupa, sobre los fueros de las provincias Vascongadas.

Quando llenado ya el objeto que me propuse en mis reflexiones iba á poner término á este discurso, un ACONTECIMIENTO portentoso, de que no ofrecen ejemplo las historias, acaba de verificarse en la capital de la monarquía. ¡Bendigamos otra vez la mano de la Providencia, y dirijamosla un himno de gratitud desde lo íntimo de nuestros corazones! El cielo protege visiblemente los destinos de esta nacion magnánima, y quiere que se levante sobre todos los pueblos de la tierra llena de magestad y grandeza. Un sentimiento tiernísimo mezclado de patriotismo y religiosidad ha herido fuertemente mi corazón al presenciar la grandiosa escena que acaba de ofrecer el Congreso de diputados en la session del dia 7 de octubre al tratar de los fueros de las pro-

vincias Vascongadas; y yo creo que este mismo sentimiento inunda todos los pechos españoles. ¡Ah! ¡cuán cumplidamente se han llenado mis esperanzas cuando dije, que todo lo esperaba de la generosidad y patriotismo de nuestros legisladores! Pero el modo como se ha verificado es un portento que no alcanza la razón á explicar.

El asunto mas importante que se ha propuesto jamás á la deliberacion del Congreso español habia dividido los ánimos de sus miembros, y las opiniones de muchos de ellos respetables por sus talentos y virtudes cívicas se hallaban en obstinada y terrible discordia. Los *fueros* de las provincias Vascongadas, nombre sagrado desde la celebracion del contrato de Vergara, y que la opinion pública creia identificado con la *paz*, se habia presentado en las discusiones parlamentarias como contrario á otro nombre no menos sagrado y augusto, el de la *Constitucion* de la monarquía. Terrible era la lucha, y el terreno el mas á propósito para que el furor de las pasiones políticas ejerciera una perniciosa influencia en la deliberacion del Congreso. Los hombres honrados de todos los partidos lamentaban tan funesta desunion, y pedian al cielo con fervientes votos una composicion amigable; porque en el estado de agitacion á que habian llegado los ánimos no podia presagiarse sino un fin desastroso. Dos enemigos igualmente poderosos luchaban encarnizados, sin conocer que unos y otros desgarraban con sus pasiones la *Constitucion* y la patria que afectaban defender. ¡Ceguedad lamentable! ¡Debilidad de nuestra pobre naturaleza, que nos hace reputar muchas veces por desinterés, imparcialidad y amor á la patria, lo que solo debiera llamarse espíritu de partido, intolerancia y fanatismo político! Esto prueba que los vicios y las virtudes están separadas en nuestro corazon por una línea casi imperceptible. Pero ¡oh ad-

mirable é inesperada mutacion! Cuando los ánimos ardian en el fuego de una discordia sangrienta, cuando el hirviente volcan de las pasiones políticas amenazaba una esplosion horrorosa que cubriese otra vez de luto y amargura á la nacion entera; hé aquí que dos adalides, ambos esforzados y valientes, ambos de prestigio entre sus compañeros, suspenden el encarnizado combate; y heridos instantáneamente por una fuerza irresistible, por una inspiracion del cielo, corren el uno ácia el otro y se estrechan entre sus brazos. Con la velocidad del rayo cunde este magnánimo ejemplo; todos se abrazan, todos lloran de ternura: y los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra son concedidos por unanimidad, de un modo noble y honroso, entre aplausos, aclamaciones y lágrimas de gozo. El Congreso de diputados presentaba en aquellos momentos indefinibles el cuadro de una familia, que dividida antes por una discordia intestina se reconcilia consigo misma á la voz de una madre cariñosa y tierna que la brinda con la paz. ¡Tanto puede en los pechos españoles el amor á su patria! esta es la *madre* que ha reconciliado á nuestros legisladores. ¡Felices por siempre, y dignos de toda alabanza los dos individuos que fueron los primeros en dar al mundo ejemplo tan heróico!

Grande y prodigiosa fué la escena de Vergara; pero no ha sido menos patética y sublime la del Congreso de Diputados en la sesion del 7 de octubre: en aquella, como dijo mui oportunamente un honrado patriota, se depusieron las armas; pero en esta se han depuesto las pasiones, que es todavía mayor heroicidad. Nunca es el hombre mas grande que cuando perdona á su enemigo, y sacrifica el ímpetu de las pasiones á la voz de la razon. Dios mismo se gloria en la piedad sobre todas sus perfecciones, y nunca se presenta mas sublime y adorable la Divinidad á los ojos de los hombres,

que cuando ejerce con ellos su misericordia. ¿Qué prueba mas convincente puede presentarse de que los españoles poseen eminentes virtudes, que los hacen dignos de la libertad que han conquistado con tanta gloria? Contemplan este espectáculo las naciones extranjeras que se complacen en zaherirnos, y confúndanse á vista de la magnanimidad y nobleza de los españoles. Esa Francia, esa Inglaterra tan ponderadas por su civilizacion y cultura, presenten un ejemplo como este que ha dejado atónita la Europa; y entonces las concederemos un lugar superior á nosotros en la escala de los pueblos ilustrados.

Ahora bien, españoles: si el fausto y glorioso acontecimiento de Vergara exija de nosotros sacrificios para que la reconciliacion fuese sincera y universal, ya hemos empezado esta grande obra, haciendo el mas noble que pudiera imaginarse, *el de nuestras pasiones*, en obsequio de nuestra amada patria. La union de los liberales era de todo punto indispensable; porque no bastaba que hubiesen dejado las armas los que antes fueron nuestros enemigos, si ardía entre nosotros una discordia intestina que nos devoraba.

Olvidemos pues eternamente los nombres y las banderas de los partidos que hasta ahora nos han dividido, y no reconocamos mas que una *enseña* gloriosa en que esten escritos los nombres de *paz, España, libertad, é Isabel*. He aquí los únicos objetos que son dignos de nuestra veneracion é idolatría. Huyamos de todo aquel que nos hable de intereses de partido; y si algun ser degradado, indigno del nombre español pretende con dañado intento dar una interpretacion menos noble á la franca reconciliacion de los liberales verificada en el Congreso, rechacémosle con indignacion y espanto; porque este es nuestro mayor y mas rencoroso enemigo. El que tal piense debe ocultarlo y confundirse;

porque si lo manifiesta, da una idea bien clara de la ruindad y bajeza de sus sentimientos, y merece una nota de ignominia y oprobio universal.

Mas tengamos todos presente, que para llevar á cima las grandes empresas no basta una heróica resolucion, hija de un momento de entusiasmo; es indispensable tambien la constancia, y una generosidad nunca interrumpida. No manchemos con nuestras obras el sublime cuadro que han trazado nuestros sentimientos. Entre nuestras palabras y nuestras acciones debe haber una estrecha consecuencia; lo demas seria tener la paz y la reconciliacion en los labios, y las pasiones en el corazon: seria una vituperable y refinada hipocresía; y este proceder es indigno de los españoles, cuyo carácter distintivo han sido y serán siempre la lealtad, la constancia y la franqueza.

Al presente todo nos sonrie, todo nos convida á ser felices. Un suelo fértil nos brinda con la abundancia; una constitucion política, fruto de la meditacion de sabios legisladores, ofrece á nuestros interéses y libertades una sólida y firme garantía; talentos eminentes nos convidan al estudio de la naturaleza y de la moral, ora desde la cátedra, ora por medio de la prensa, ofreciéndonos con sus luces una antorcha que nos guie en el camino de la sabiduría, para elevar las ciencias y las artes útiles á su mayor perfeccion; un gobierno ilustrado vigila con incansable celo por la prosperidad pública; y una religion sacrosanta, inculcándonos el gran principio de la caridad, nos enseña á amarnos como hermanos. ¿Qué nos falta pues para ser completamente dichosos?... Una firme y decidida constancia en trabajar por la union; lo demas debe ser obra de la meditacion y del tiempo, que es el gran legislador de las sociedades humanas.

Seamos, pues, tolerantes: no me cansaré de repetir esta

santa mácsima: seamos tolerantes con las opiniones políticas, siempre que no ataquen ostensiblemente la Constitución del Estado ni el trono lejítimo de Isabel II; porque en todo gobierno representativo la tolerancia es la mas importante y necesaria de las virtudes civiles. Tengamos entendido que los sistemas exclusivos, el furor de las pasiones, no su diversidad es la que turba la paz de los imperios; así como una discusion filosófica y templada ilustra las cuestiones sociales y prepara los entendimientos para recibir la dulce influencia de la verdad.

Que el nombre de la patria no sea entre nosotros una voz sin sentido: nuestra vida la pertenece y debemos amarla sobre nuestros mas caros interéses; y si alguna vez no nos es agradecida, sigamos el consejo de un filósofo antiguo, y portémonos con ella como lo haríamos con una *madre ingrata* (1).

Ved aqui mis sentimientos, amados compatriotas: yo quisiera gravarlos en vuestros corazones; porque me parece que son los únicos que pueden hacer fructífero el tratado de Vergara, y generalizar la reconciliacion de los liberales, comenzada en el santuario de las leyes.

Durante el espacio de seis años nos hemos visto envueltos en desastrosas calamidades: no olvidemos jamás las lecciones aprendidas en la escuela del infortunio. La historia de nuestra guerra civil sea siempre nuestro gran libro de meditacion; en cada página hallaremos un desengaño que nos hará conocer la diferencia que existe entre la revolucion y la paz, para aborrecer la primera y amar la segunda; así y

(1) Refiere Stobeo, que habiendo preguntado á Pythágoras un ciudadano ateniense, como deberia portarse con una patria ingrata, como con tu madre si lo fuera, respondió el filósofo. ¡Qué feliz un pueblo compuesto de ciudadanos que abrigasen tales sentimientos!...



no de otro modo seremos libres
florecientes y venturosos. Este es
el alto y sublime destino para
que nos guarda la providencia
que no se frustren sus miras bene-
-figas y podrá la española presen-
-tarse ante los pueblos libelizados,
de la uropa quon lamisma majestad,
y gran dera que en otros siglos
la quon eliarion el respeto y admiracion
de todos las naciones del uniberso,

Francisco Pareja de Aragón

